

Capítulo XI

OTRA RUTA ENTRE PASCO Y LIMA POR JUNÍN HUAYPACHA, PUCARA, TUCTO. LAS MINAS DE ANTAONA, CASAPALCA, POMACANCHA, SAN MATEO, SAN JUAN DE MATUCANA, SURCO, COCACHACRA, SANTA ANA Y, FINALMENTE, CHACLACAYO. ENUMERACIÓN DE UNA SERIE DE ROCAS, TAL COMO APARECEN EN SUCESIÓN DESDE EL PASO POR LA CORDILLERA A LA ENTRADA DEL VALLE DEL RÍMAC

LA RUTA MÁS FRECUENTADA es la que hemos descrito en el capítulo previo. Pero, antes de ofrecer un retrato específico de Cerro de Pasco, podemos recorrer rápidamente el camino que a veces se toma desde esta ciudad a la capital durante la época de fuertes lluvias, que periódicamente caen en el interior serrano, las cuales convierten a varios ríos en el camino de Canta en hondos, rápidos y peligrosos. Ocasionalmente, se prefiere esta ruta que va por un paso de la cordillera en Tucto, cerca de Yauli, por ser más corta que el camino por Tarma.

El viajero que parte muy temprano de Cerro de Pasco, pasa por los pueblos del antiguo Pasco y Carhuamayo, y llega a buena hora al pueblo de Junín o Reyes. El camino pasa casi todo por el lago de Chinchaycocha, o por la pampa casi a nivel del suelo. Desde Junín, en el segundo día de viaje que solo cubre siete leguas, el viajero atraviesa una amplia pampa del mismo nombre, muy recordada en los anales de la independencia sudamericana, hasta llegar a un terreno pantanoso; y cruza por el mismo desfiladero donde los patriotas fueron embesitados por la caballería española. Entonces, dejando atrás ese glorioso campo, pasa a Huaypacha, junto a un distrito ganadero montañoso, que apenas tiene senderos intransitables a pie, un hecho que, a menudo, hace necesaria la presencia de un guía. El mineral de plata de

Huaypacha es demasiado pobre, hoy en día, como para permitir que sus minas sean explotadas activamente. Aquí, las principales explotaciones metalíferas se realizan en la hacienda minera de Olavegoya y la del muy enterado don Miguel Otero. Además, en esta región se cultiva una considerable cantidad de alcacer o cebada verde como pienso para el ganado usado en la extracción minera. La entrada a Huaypacha es muy pintoresca debido a la asombrosa configuración de las rocas en que está depositado el mineral que dominan y rodean por todas partes este pulcro pueblo minero.

De Huaypacha cruzamos el río de Jauja por un puente colgante de sogas fabricado con el mismo tipo de material descrito en La Oroya.¹ El tramo del día siguiente hacia Tucto, casi tan largo como el del anterior, se hace por un pastizal accidentado por Pucara, este último lugar, ahora en ruinas, fue alguna vez un famoso asiento minero que perteneció a don Pedro Arriarte, el gran minero del Perú. En Tucto, se ven cerca del camino varias casuchas indias, y algunas de dimensiones ridículamente pequeñas. Sin embargo, más abajo, situada cerca de un lago al pie de la cordillera, se encuentra una hacienda minera en buen estado, aunque sus minas en los últimos tiempos han resultado ruinosas para el minero. El suelo alrededor de esta hacienda es de un tinte amarillento y se dice que abunda el oro. Hay también una mina de oro cerca de la casa; y las piedras al borde del camino, en numerosos casos están cubiertas de incrustaciones de piritita de hierro, lo que les otorga tan hermosa apariencia tal que en la imaginación de muchos inexpertos en mineralogía puede sugerir una idea muy favorable del dorado tesoro de este lugar.

En las alturas de Tucto, a una distancia de media legua por la cordillera, las rocas circundantes parecen grandes masas de hierro oxidado. No obstante, cuando se toma un espécimen de ellas y se rompe, presenta la calidad del pórfido; pero, a medida que seguimos hacia la cumbre de la cordillera, no se ven rocas en la quebrada por la que pasamos, excepto si miramos hacia arriba, donde se levantan formando protuberancias modeladas en medio del detrito que cubre esta parte de

1. Véase el capítulo 9, "Sobre el río Jauja en La Oroya..."

la cordillera hasta la orilla de los lagos más abajo. El camino arriero es una especie de sendero que pasa por el flanco de esta masa de fragmentos sueltos y revueltos, consistente en pórfido y se extiende un trecho considerable hacia Antacona, es decir, las ruinas de un pueblo minero de ese nombre, en la cresta más alta de este paso de montaña. Por la dimensión de los restos industriales que aún quedan, y las ruinas de asentamientos humanos que se ven entre los precipicios expuestas a la intemperie, podemos inferir que estas minas, abandonadas por falta de maquinaria hidráulica adecuada como muchas otras, alguna vez produjeron metales útiles y abundantes ganancias. En el lado del paso que da a Antacona no hay evidencia de nieve perpetua, pues aquí, aunque cae como en las mesetas, se funde por completo; pero en el lado opuesto, paralelo al curso del camino, y solo separadas por una hondonada pantanosa que contiene varios lagos pequeños, existen montañas o cumbres cubiertas perpetuamente de nieve de gran grosor, y el pantano y los lagos mencionados se alimentan de riachuelos que bajan de las nieves. En las bocaminas de Antacona, que aparecen intercaladas entre rocas de pórfido y piedra verde porfídica, se ve gran cantidad de escombros extraídos en épocas remotas del subsuelo. Entre dichos escombros, hay un gran volumen de piritas de hierro con cuarzo, y una gran cantidad de material calcáreo separado del mineral por descomposición parcial. Hemos de mencionar que la famosa mina de Alpamina, que se trabaja actualmente en la vecindad, esta incrustada en una matriz de piedra caliza.

Tras descender un trecho del cruce situado en el punto más alto del paso de Antacona, la roca circundante (posiblemente una variedad de pórfido) tiene un aspecto rojizo y se extiende en una considerable superficie hasta el pueblo de Casapalca; el suelo en toda esta parte del camino es del mismo color que la roca. Podemos, asimismo, indicar que por el lado del camino y en el río o arroyo de montaña, que nace de la unión de innumerables arroyuelos originados en las alturas, a la distancia de unas dos leguas, vemos numerosas pudingas del mismo aspecto rojizo.

Casapalca, según se calcula comúnmente, está a dos leguas largas de Tucto y ahora se le considera un pueblo o villa, aunque, originalmente, parece haber sido solo un asiento minero. Aquí llama la

atención una bella cascada que cae perpendicularmente en el interior de una saliente rocosa, y reaparece después de un pasaje subterráneo de cierta longitud, para descender en una suave corriente y unirse con el río. A partir del pie de la cordillera a Casapalca, las llamas se recrean con los pastos que parecen encontrar más sabrosos a corta distancia del límite de la nieve.

De Casapalca al siguiente pueblo situado más abajo, llamado Pomacancha o Chicle, hay dos leguas de buen camino, y aquí a menudo la alfalfa tiene que alimentar al ganado hambriento, que con frecuencia en el momento de llegar a este punto está famélico después de haber cruzado la cordillera.

De Chicle a San Mateo, que distan tres leguas entre sí, hay dos caminos: uno por una famosa pendiente o cuesta y el otro por una quebrada pintoresca aunque escarpada que sigue los meandros del río, de los cuales di noticia al describir los caracteres generales de la sierra. San Mateo es un pueblo de arrieros como el de Obrajillo, ya descrito, y se le parece mucho en el clima y los productos, aunque la temperatura del aire puede ser un poco más fresca aquí que en Obrajillo.

Al cruzar por el gran paso de montaña de Chicle a San Mateo, observamos que donde comienza el ascenso por el lado más alto o más cercano a la cordillera, la roca en la base de la montaña es pórvido; pero a medida que subimos por la gran cuesta, el precipicio adopta el aspecto de roca verde porfídica. En la base del descenso, es decir, en el lado de la montaña que da a San Mateo, cerca del camino, hay una protuberancia rocosa que tiene el aspecto de una placa de mica. Sin embargo, nuestros viajeros no tomaron ninguna muestra de ella, pues a estas horas el día ya había pasado, y los dos hombres y las bestias estaban cansados y deseosos de llegar a tiempo al alojamiento nocturno para conseguir un lugar cómodo.

De San Mateo al siguiente punto, el pueblo de San Juan de Matucana, la distancia es de cuatro leguas muy largas, por una quebrada estrecha y rocosa en su mayor parte.

A, aproximadamente, un cuarto de legua de San Mateo, la roca verde se muestra al lado del camino, luego de pasar este risco, cruzamos el primero de los tres puentes que atraviesan el río a una distancia

de poco más de media legua entre el primero y el último, debido a lo angosto de la quebrada, que, a veces por un lado y a veces por el otro, apenas deja espacio para un camino de arriero. Antes de cruzar de bajada el primer puente, la roca es de piedra caliza; pero, en este punto, tras haber cruzado el río para la orilla opuesta, se muestra roca basáltica, y sigue así desde el primer al tercer puente, el más bajo, donde encontramos cuarzo que surge en masas muy verticales y altas. Las vigas del puente descansan en la parte saliente de este cerro que domina una de las orillas, y en el otro sobre la correspondiente saliente de un formidable cerro de pórfido opuesto a aquel.

La siguiente variedad de roca es de formación basáltica; aparece a medio camino, aproximadamente, entre San Mateo y Matucana, y se desmorona en una gran cantidad de fragmentos de apariencia pizarrosa. En el costado más bajo, esta flanqueado por un cerro de roca verde porfídica, que se adentra hasta media legua de Matucana. Esta masa también arroja una inmensa cantidad de escombros. A la roca verde porfídica le sigue el pórfido traquita, la roca de este tipo aparece a poca distancia del pueblo de Matucana o San Juan de Matucana; pero antes de que la conjunción de estas rocas tenga lugar, el camino es interrumpido por un ángulo o cuña compuesta de roca verde sienita, o pórfido con actinolita.

Tras dejar Matucana (el cual es un poblado considerable que goza de una atmósfera agradable, con cierto campo abierto en su entorno) para ir a Surco, a dos o tres leguas de bajada, por todo el camino entre estos dos pueblos continúa habiendo pórfido, del cual se generan grandes fragmentos o masas que casi bloquean el camino y el lecho del río.

Surco es un pueblecito que tiene la temperatura de Yaso en el camino de Canta, y como este, es conocido porque sus aguas producen la enfermedad llamada *verrugas* o excresencias carnosas. De Surco bajando a una legua y media más o menos, tenemos pórfido traquita y, a medida que avanzamos, presenta un grano más grueso, hasta que cada gránulo parece del tamaño de una nuez. Le sucede el pórfido feldespato que se extiende por la ladera de la quebrada por la que viajamos hasta casi dos leguas y media aproximadamente, o a una legua abajo del pueblo de Cocachacra, situado a tres leguas más abajo de Surco por

el río o quebrada. Cocachacra, a doce leguas de la capital, está rodeado de frutales, y aquí el viajero puede reclinarse a gusto en la agradable sombra, mientras se proporciona refresco a hombres y bestias.

Desde una legua abajo de Cocachacra vemos que la sienita cubre una extensión de media legua por nuestro camino. Le sigue el granito sienítico, que se mantiene durante un trecho con un aspecto cambiante, hasta que, gradualmente, toma la forma de granito tosco, que también aparece en grandes bloques sueltos amontonados ante los cerros pelados que se ven entre Santa Ana y Chaclacayo al entrar a la cabecera del valle del Rímac.

Los pueblos mencionados antes de Chaclacayo (a seis leguas de la ciudad), Cocachacra, Surco, Matucana y San Mateo, permiten cambiar de aire y clima en etapas sucesivas y graduales a los enfermos de Lima que están demasiado débiles o no encuentran conveniente proseguir más allá de San Mateo, o cruzar la cordillera por Yauli para Tarma, a diecinueve leguas al noreste de San Mateo.

FIN DEL PRIMER TOMO